

LAS ESCUELITAS DE BAILE.

Por Federico Villoch.

 HORA que suena por doquier la alegre trompetería carnavalesca, hablemos de músicas y bailes, despertando en la memoria aquellos que más en ella se grabaron. El niño empieza su carrera mundial por la escuelita de barrio de primeras letras; el bailaror también tenía en el barrio su escuelita correspondiente.

La escuelita de barrio llegó a ser en la Habana una verdadera y respetable institución nacional, a la que, en ningún caso, ni por ningún motivo, se le pudo considerar como un lugar de deshonesto esparcimiento. Como lo indicaba su nombre, se iba a la escuelita de baile a instruirse o perfeccionarse en el tan difícil como sagrado arte de Terpsicore, fungiendo de profesoras las más expertas bailadoras del barrio, bajo la severa y respetable dirección del representante, o del dueño del plantel, que solía serlo un antiguo bailaror de los de más sólido prestigio, como Ricardo Valleras, y otros por el estilo. Empezaban estos torpes alumnos pisándole los pies a sus compañeras, y enredándose y tropezando con los suyos propios; acabando no pocos de ellos en bailarores de fama, de los que se decía, para catalogarlos entre los mejores, «que no se salían de un ladrillo».

De 1890 al 1910 se prodigaron de tal modo las escuelitas de baile, que la Alcaldía, ante las quejas del vecindario, hubo de intervenir para limitar su número, quedando entonces reducidas a las que ya existían desde tiempo inmemorial, o que por su situación y manera de desenvolverse, no causaban perjuicios ni molestias de ninguna clase. De ellas se recuerdan las de «Cheché», que en lejano tiempo de la Colonia lo fué de un maestro de baile conocido por «Chuchumeco Pintó», en la calle de Misión, de amplio local, a la que solía asistir de vez en cuando el gran cornetín matancero Miguelito Failde, que volvía loco de entusiasmo al barrio con las variaciones de su sublime y mágico instrumento. La que existía, también en tiempos de la Colonia, en la Calzada de Galiano, entre San Lázaro y Trocadero, una casona colonial de techo de tejas, cuyas funciones empezaban los domingos y días festivos a los dos y media de la tarde, y duraban hasta el otro día a las cinco de la mañana. La de Chicho Arce, en Apodaca; la de Loló, en Gloria; la de Juana Lloviznita, en la Calzada de Vives; la de la «Turca», en Florida; la de Pastora, en Curazao; la de Angélica y Chalia, en Chaves; la de la «China», en Factoría; y tantas en que lucían su arte, como un rito sagrado, Antonio Ruiz, Luis Crespo, Manolo el Chino, etc.

Decimos en una de las estrofas de nuestra postal en verso, «La Escuelita de Misión»:

Allí está «Clara la Coja»
que baila que es un primor;
allí se ve a Chicha Pérez,
la Emperatriz del Horcón,



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

144

21

que le dió clase de baile
a un General español;
alli Teté, que al bailar
adopta tal expresión
de seriedad y respeto,
y lo hace con tal fervor,
que se parece a la misma
Purísima Concepción;
y alli Petra; y Luisa; y Flora,
formando en cuadro de honor
el claustro universitario
de la escuela de Pintó.

El baile ha constituido, para el hombre de todas las épocas, una facultad de verdadera importancia; y Napoleón, que las poseía todas y carecía de ella, se consideraba, a ese respecto, un verdadero desheredado de la suerte. Casi todos los hombres quieren saber bailar; y si su instinto musical los hace rebeldes a ese arte, ponen su mayor empeño en adquirirlo. La mujer nace bailarina desde que abre los ojos al mundo. De donde se saca la consecuencia de que fuera la escolita de baile tan imprescindible casi como la de primeras letras, y que no existiese un barrio que careciese de ella en la Habana, ciudad por excelencia amiga del canto y el baile; con lo que dicho se está que cada una de sus escolitas contara con un variado y crecido número de alumnos y expertos profesores de ambos sexos. Muchas niñas de sociedad completaban su arte dando pasos de danza en la cocina, con las mulaticas criadas de la casa, bailadoras por naturaleza.

Eran alumnos de aquellas escolitas, los «jóvenitos finos de casas particulares»; los solterones que, llegados a cierta edad de su vida, ansiaban poseer a conciencia aquel arte que podría abrirles las puertas de los salones elegantes, donde soñaban encontrar, al fin, la compañera que hasta entonces les había negado la suerte; y también, en no escaso número, figuraban, como discípulos de aquellos institutos de «primera enseñanza»—léase «primordial»—muchos jóvenes dependientes y dueños de almacenes y bodegas, entre los que, si bien los había obtusos y renegados, de los de «la última peseta y la última gota de sangre», con respecto al problema colonial, contábase también con no pocos a quienes les «tiraban las cosas del país»; se vestían a lo «figurín» y «pitimín golpiado», y formarían parte, el día de mañana, en el simpático partido de las reformas de Maura. Dios librase a ningún osado de no guardar, en sitio para unos y otros de tan altísima importancia, la más severa norma de conducta. Las clases se daban por el día, después de las tres de la tarde, a piano solo; y, por la noche, se completaba el programa, bailando hasta las once y media—y hasta las doce y media, por concesión del sereno de la cuadra, a quien se le ablandaba con una «verdolaga», billete de a peso—con una orquesta de las llamadas «francesas»: piano, flauta, violín y violoncello. Y aquí es donde imperaba el espíritu de aquel que era el verdadero genio de las escolitas de baile ha-



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

baneras, el simpatiquísimo y popular pianista matancero, Antonio Torroella, a quien todos cariñosamente llamaban «Papaito». Aunque en la postal se vea borrosa y descolorida su figura, cuantos le conocieron la conservan en su recuerdo, destacándose firme en todos sus contornos: de mediana estatura, tocado por lo general de un sombrero flexible, color negro, el ala tendida sobre los ojos; vestido, casi invariablemente, de pantalón casimir color claro, chaquet negro, de los de «cola de pato»; su gran bigote criollo medio cubriéndole la ancha boca, siempre plegada en una sonrisa de honda satisfacción; y, como complemento distintivo de su atrayente silueta, un gran bastón que manejaba en molinetes, e invariablemente en la boca un enorme tabaco habano, no por cierto mucho más reducido que el bastón; el hablar bullanguero; y el andar armónico y cadencioso.

Descendía de una ilustre familia matancera de abogados, artistas y poetas. No era pianista de estudios, y, sin embargo, tocando danzas y danzones dominaba aquel instrumento de manera maravillosa. Tenía un estilo tan peculiar, tan suyo, que cuando por la noche se oía sonar a lo lejos el piano en alguna velada particular o baile público—y el postalista lo oyó muchas veces—al momento se adivinaba que era «Papaito» Torroella. Torroella era la simpatía en persona; la alegría criolla incontenible; el foco luminoso en torno al cual revoloteaban las doradas mariposas de los bailes públicos; y, sin embargo, qué vida privada la suya más correcta; qué buen esposo, qué papá más cariñoso «Papaito» Torroella. Para alivio de sus años de vejez, sus amigos influyentes—los tenía en todas las esferas y de todas clases ¿quién no era amigo de Antónico Torroella?—le buscaron un lugarcito en el «cuerpo de vistas de la Aduana»; y allí se le veía a la salida y llegada de los vapores en la casilla de pasajeros con su buen humor, sirviendo a los amigos. —¡Ey! socio, le decía a uno que acababa de desembarcar, abrazándolo con aquella efusión de su carácter franco y desenvuelto—¿cómo te fué por esos mundos? Bueno; que no te pudiste estar sin tu Cubita... Alguna que otra noche tocaba el piano en una fiesta de íntimos; pero al cabo los años le rindieron el cuerpo, aunque no el espíritu, que se le conservó, vivaz y alegre, hasta lo último. Uno de sus hijos era profesor de violín, primero, en las mejores orquestas teatrales; y su hija, Amalia, es al presente, una distinguida profesora de piano.

Compañeros íntimos de Torroella eran en su juventud, sus amigos y comprovincianos, Alberto Saldarriaga, Ramoncito Prendes, Jaimito Rivas etc., con quienes compartía las audiciones y los aplausos de los entusiastas grupos juveniles que por la tarde se congregaban en la Plaza de Armas de la ciudad yumurina, frente a la sociedad



«El Liceo», en cuya amplia sala Torroella y sus amigos ejecutaban al piano de dicha institución, los últimos danzones del día. Al llegar Torroella a la Habana, y formar parte de las pequeñas orquestas que tocaban en las escuelitas, lo proclamaron Rey. Cuando él murió, murieron con él muchas alegrías criollas; incluso, puede decirse, las escuelitas de baile: una época.

De aquella orquesta, al oír los ecos, con emoción, el viejo sexagenario se agita en su cobertor; y añora sus años mozos con la danza del «Limón», con la del «Chiquito Abajo», y con la del «Malacof». Las mocitas se estremecen y suspiran con amor; el pesaroso se yergue y alienta su corazón; y en fin, hasta donde alcanza, su influjo benefactor, llena el barrio de alegría la escuelita de Misión.

La sociedad de baile «Los Casados», que durante mucho tiempo tuvo su sede en la calle de Aguacate, pasaba los límites de una escuelita; venía siendo un instituto de segunda enseñanza, en el que se repartían títulos de bachiller y doctor, y a donde muchos, que ya los poseían, y muy notables, acudían bastante a menudo. El distinguido diplomático español, Gaytán de Ayala, muy conocido y apreciado en todos los centros sociales, allá del 907 al 910, se desvivía por sus fiestas, a las que faltaba contadas veces, asistiendo con otros caballeros de su clase.

—Anoche estuve en los Aguacates—decía, confundiendo el nombre de la sociedad de baile, con el de la calle en que aquella hallábase instalada.

Cuando ya el bailaror «andaba solo», al primer baile público que acudía era a los famosos del Louvre, que durante tanto tiempo le habían obsesionado.

El restaurant «El Louvre», donde por lo general comían casi todos los altos empleados del Gobierno de la Colonia, sobre todo, los del ramo de Hacienda—desde entonces, no se les ha cerrado aun el apetito—estaba situado en la esquina de San Rafael y Consulado, a espaldas del Gran Teatro de Tacón; y era, en los altos, donde tenían lugar los famosos y tan nombrados bailes de «El Louvre», de los que, por lo general, solía ser empresario aquel tan popular y conocido, y que, por su extraordinaria talla y volumen, llamaban «Federico el Grande». Corrientemente se le veía recostado, en un taburete de cuero, a la puerta de una «casa» que poseía debajo del «Arco de Belén».

Pero lo pintoresco de los bailes de «El Louvre» no eran los bailes precisamente, sino el numeroso público que, desde las once de la noche en que empezaban, hasta las cuatro y media de la madrugada en que concluían, se iba reuniendo en la esquina de Consulado y San Rafael, para extasiarse oyendo los danzones que en los altos tocaban, alternando, las dos orquestas más populares y famosas de entonces: la de Raimundo Valenzuela; y la de Nicolás el Güinero. Aquellos cuosos componían varios grupos que se destacaban a primera vista, así por su indumentaria, como por su diferencia de clase. Gente modesta del arroyo; profesionales del foro; bohemia estudiantil, literaria y artística; y, a veces, graves personajes que detenían un momento el paso para recrear su oído con las florituras que «allá arriba», lanzaban al aire, en el silencio de la noche, los mágicos cornetines de Pablito, el hermano de Raimundo; el de Nicolás el «Güinero»; el de Marianito Méndez, muerto en plena juventud; y, algunas veces, el de Failde, el gran matancero que honraba el baile una que otra vez con su visita.

Se anunciaban entonces los estrenos de las danzas y danzones, como se anuncian hoy los de las obras teatrales y las películas, en grandes cartones, y el público reconocía su éxito o su fracaso, ya con vehementes aplausos, ya con un discreto silencio, sino era con un creciente murmullo de-



mostrativo de la diversidad de opiniones. Había tema para discutir algunos días. Los danzones de Raimundo tenían su especialidad, y la suya los de Nicolás; los de Failde eran únicos. Los de Raimundo se lucían en los bajos—su instrumento favorito, en el que se demostraba un consumado maestro, era el trombón—; Nicolás se lucía en el contrabajo. Failde, en las variaciones del cornetín: el suyo resultaba verdaderamente mágico. Cuando tocaba Miguelito Failde, se oía la concurrencia hablar y discutir con mayor fuerza y entusiasmo, y se la veía bailar y moverse con más animación... Ricardo Valleras, un gran bailaror al que llamaban «El Pecos», se asomaba de vez en cuando al balcón de Consulado con su pareja, que solía ser «La China», para decir por señas a sus amigos de la calle que el baile «estaba en candela»; lo que él traducía agitando en el aire los puños cerrados.

A Ricardo le llamaban, y con razón, el «Rey de la Danza», título que alcanzó después de haber obtenido infinitos premios en múltiples concursos. ¡Pobre Rey! Al cabo, como todos los reyes, perdió su cetro en el combate de la vida; y fué cayendo hasta acabar en guardia nocturna en los muelles de bahía. Llevaba su uniforme, azul, con el mismo arrogante empaque que sus antiguos trajes de dril blanco número cien. Al fin murió Ricardo; y también murieron, con él y su corte, los famosos bailarores de «El Louvre». Pero que otros... y «puo el baile continuar».

Hablando de bailes se impone dedicar unas líneas a los famosos que se celebraban en la sala del Gran Teatro de Tacón, durante la temporada carnavalesca. En un principio acudía a ella buena parte de nuestra escogida sociedad, ocupando los palcos platea como simples espectadores; pero no tomando parte en la fiesta; merecía la pena ir a ver los bailarores que tenían fama, para premiar a los cuales se celebraban concursos con buenos premios que adjudicaban aquellas señoras y caballeros, asesorados, como se comprenderá, por gentes que lo entendían.

Las orquestas de Raimundo, Nicolás y Marianito, a la derecha y a la izquierda de la sala, ocupaban cada una los palcos del primer piso necesarios

estrenando los danzones recién escritos en aquellos días sobre temas y tonadillas de actualidad, destacándose los compuestos con motivo de las óperas de reciente éxito, algunas de las cuales acababan de estrenarse en aquel escenario, Payasos, Caballería, Tosca, Bohemia, Manon, etc. En el gran patio, anexo a la sala del teatro, tocaba una estrepitosa charanga para los devotos del vals, la polca y la mazurka, en los momentos en que hacían alto las orquestas de los danzones. Había, pues, para todos los aficionados a las delicias de Terpsícore; y la «cordialidad» era un hecho.

Raras veces—o nunca—se registraba un suceso violento en estos bailes de Tacón. Ocupaban la sala y los palcos casi igual número de danzantes, como de espectadores; porque resultaba, en verdad, un espectáculo digno de contemplación. Parecía como si el paseo que acababa de realizarse por la tarde en el Prado y demás avenidas, entrase en el baile con aquellas máscaras y comparsas que más se habían distinguido en él. Los que habían visitado a París, veían en los bailes de Tacón una copia exacta, en pequeño, de los famosos de carnavales que se celebraban en el Gran Teatro de la Opera de aquella villa. Por lo general coincidían estos bailes de Tacón con la estancia, aquí en la Habana, de alguna de aquellas compañías de ópera francesas o italianas que nos traían los empresarios Grau o Sieni, en las temporadas de invierno; y que funcionaban en el citado teatro, por lo que era seguro ver en algunos palcos, contemplando regocijados dichos bailes, a los elementos principales de aquéllas; por ejemplo: el tenor Capoul—modelo del peinado de su nombre, que usaron los jóvenes elegantes mucho tiempo—; los actores cómicos Duplan y Mesier, tan queridos de nuestro público y que confraternizaban con los jóvenes de la Acera; la Theo, la Paola Marié—genial intérprete de Mignon—; la Judit, deliciosa protagonista de la Vie Parisienne, etc., etc., a las que rendían galante homenaje los jóvenes de la Acera más delectados, y los caballeros Lovelaces de la época.

Ellas decían: C—est me rapele la Gran Opera...

La rumba no había alcanzado aun el auge que obtuvo años mas tarde, atravesando los mares y siendo el baile de moda en cabarets y salones extranjeros. Seguramente aquellas artistas francesas que se deleitaban en Tacón viendo bailar nuestras danzas y danzones, hubieran bailado con facilidad la rumba, de no ser ésta por entonces un baile de barrio de poco mérito; pero puestas a aprender la danza, jamás hubieran acertado a dar un solo paso de ella: nuestra danza criolla era cosa seria y de mérito, no sólo para bailarla, sino también para escribirla, como lo hicieron White, Cervantes, Valenzuela y otros que dejaron verdaderas joyas en su clase.

Había bailarores célebres que se reservaban durante todo el año para aquellos bailes de Tacón. Uno de ellos, el popular actor de nuestro teatro vernáculo, «el Viejo Castillo», que echaba su primer infanzón del año con su inseparable compañera y esposa, Lucía, infaliblemente, el primer Domingo de Carnaval, después de las doce de la noche, hora en que daba por terminadas sus obligaciones artísticas. Castillo se pasaba todo el año soñando con aquel momento feliz: desgraciado él que no alienta en el fondo de su alma, como compañera de su vida, una ilusión...

Conocimos otro de los asiduos a aquellos bailes de Tacón: un joven perteneciente a una de las familias más distinguidas de nuestra mejor sociedad—la de Pedroso—que empezó yendo a aquellos bailes cuando tenía diez y ocho años, con su compañera más o menos de su misma edad; y, treinta y más años después, aun llamaban ambos la atención en la propia sala a los expertos en el difícil arte que hizo célebre a Valleras, Polvorin, Tabernilla, Cabrerita, y al rey de los locales de localidades el popular Pajarito, saltarín y ligero como un idem.

Otro bailaror de fama—cuidado con eso!—que